

FINAL DE ANÁLISIS VS IDENTIFICACIÓN AL ANALISTA

Juan del Pozo

En el trabajo bajo transferencia que se realiza en la cura, el analizante busca el saber que le falta para dar a sus síntomas un sentido. En el trabajo de la asociación libre trata de librarse del sufrimiento acarreado por el sinsentido de sus síntomas... por la vía de darles el sentido que falta. La ecuación sería la de equiparar sufrimiento a sinsentido con la esperanza de que una vez desvelado el sentido oculto de los síntomas, el saber que faltaba al sujeto, el sufrimiento cesará.

Pero hay que decir, que los síntomas ya tienen un sentido inconsciente del que el sujeto goza aún no sabiéndolo. Se trata de que podamos pensar cómo buscando un sentido para sus síntomas -que es como el analizante acude a la cura, síntomas que en principio se le presentan incomprensibles- la experiencia de un análisis puede llevarlo a hacer tambalear precisamente esa pasión del sentido que se sostenía sin que el sujeto lo advirtiera en la significación inconsciente de su fantasma.

De entrada nos encontramos con un tiempo de formalización del síntoma analítico, esto es como significante enigmático a descifrar. El trabajo de esclarecimiento del enigma ha de relacionarse también con el campo del Otro, no el Otro del código, no al menos exclusivamente, sino el Otro donde confrontar la pregunta sobre su deseo. Se espera un saber del Otro... pero a partir del trabajo de interpretar su deseo. De ahí la importancia del deseo del analista y de su concepción teórica de la cura, pues dependerá de ello la marcha del análisis.

La interpretación del lado del analista tiene una doble dimensión, la de abrir el síntoma a la dimensión del deseo inconsciente y la de impedir que se cierre la relación al Otro en un ideal narcisista identificatorio. En el primer caso nos abrimos a la cuestión de la metonimia del deseo, algo que nunca se acaba y pide más y más en la búsqueda del saber inalcanzable, el análisis infinito, y que por lo tanto nos obliga a plantearnos epistémicamente el fin de análisis, la posibilidad de un final que detenga ese proceso, que lo anude de otra manera. Lo segundo, el cierre por identificación supone un cierre en falso sobre creencias imaginarias, identificaciones o sometimientos al Otro.

Esta doble dimensión de la transferencia, de operador y de resistencia se trabaja en la cura por medio de la interpretación para evitar que el efecto de sugestión se instale (por ambos lados analizante y analista). La transferencia, que se basa en un amor que se sostiene en la suposición de que hay un sujeto que sabe, sólo se abre a un más allá cuando el saber sin sujeto de la asociación libre es apercebida por el sujeto como lo que es: un saber sin sujeto, y por lo tanto se produce la destitución del SsS.

Este momento clínico tan importante con efectos y manifestaciones observables en la cura y que abre paso a una nueva fase del análisis conlleva, por parte del analista una respuesta ética, la ética del analista que orienta su acto, que es la de consentir a su propia caída, a su propia destitución, consentir a su ser de desecho en la operación analítica. Un deseo que conlleva esta degradación en lo que se es para el analizante, desde el Ideal al objeto de desecho, del objeto a dejar perder, o caer, y que es homóloga a la que el analizante debe recorrer en la cura. El deseo del analista es el operador de este deseo inédito. Y el pase el dispositivo epistémico para su interrogación.

Que el analizante experimente en el momento clínico del pase la separación de la seguridad que hasta entonces le daba su fantasma no es suficiente según para causar el psicoanálisis pues esa experiencia puede ser denegada o recubierta por otra creencia. Digamos que el

horror al saber puede operar de nuevo si no se alcanza un auténtico final que toque a esa posición radical del sujeto en relación al saber.

Entonces tenemos ese momento en que esa enunciación inconsciente sostenida por la asociación libre constata ese agujero en el Otro que es la caída del SsS. Y nos cuestionamos que puede acontecer después.

De lo religioso al ateísmo.

Podemos entender lo terapéutico de un análisis cuando el analizante se separa de ese objeto a con el que hasta entonces reparaba imaginariamente la incompletad del Otro, con el precio del malestar alojado en el síntoma, con el goce del síntoma, deja de hacer trabajar ese a para el goce supuesto faltar al Otro. Así aparecerán cambios en la economía del goce del analizante.

Sin embargo este momento si no es advertido y consentido y por tanto inscrito en el proceso de la propia cura va a tender a cerrarse en falso, por lo menos a nivel epistémico. Porque como advierte Lacan en el seminario *De un Otro al otro* ya para la ciencia existe una hipótesis de tipo religioso de que existe un sujeto que garantiza las leyes que descubre (Descartes y el dios no engañoso, o el dios de Einstein que no juega a los dados...) aunque es una hipótesis que no cuenta en el desarrollo de la propia ciencia es lo que taponan su inconsistencia, la inconsistencia del Otro; Y que también que esa misma hipótesis religiosa subyace en los propios analistas y produce el abandono de lo real del campo psicoanalítico.

Es decir que Lacan advierte sobre la insistencia del retorno del Otro del Otro. Nuevas formas del retorno de Dios bajo el modo del sujeto supuesto saber, del Otro del Otro. Lacan propugna el acto analítico y no el retorno a lo religioso. Pero un acto de quien pasó por la experiencia de un análisis y además puede después sostener la causa actea. Una cosa y la otra no se dan automáticamente, esto es, que la primera, analizarse, no causa necesariamente la segunda, consentir al deseo del analista para sostenerse en la posición de tal. Queda entre ambas una hiancia, una brecha no asegurada que finalmente podrá dar una opción a una elección del sujeto pero que no se puede asegurar que se vaya a dar.

Sol Aparicio en un artículo publicado en Heteridad 5¹ indica que la destitución del sujeto ya viene implicada por la tarea analizante que se realiza bajo la regla de la asociación libre, y donde el analizante “pone en acto el inconsciente como saber sin sujeto”. Pero advierte que “esta destitución queda velada, pasa desapercibida, porque se da en el momento y movimiento mismos en que el analizante supone dicho saber sobre el analista. (Vemos aquí que la suposición de saber en que consiste la transferencia, mantiene al analizante en una dichosa ignorancia sobre lo que el inconsciente es realmente: un saber sin sujeto)”. Y en un comentario sobre *Análisis terminable e interminable*, pasado por Lacan, la autora sitúa así la cuestión, entresaco: Si la castración es el terrible obstáculo con el que se topan los finales de análisis, “como un rechazo de la falta por parte del sujeto en su relación con el analista. Es un rechazo que se actualiza en la transferencia. (...) Lacan pone de relieve, explicitándolo y teorizándolo, el papel que juega el analista en quien ha de encarnarse esta pérdida. Lacan revela y subraya la implicación del analista en una experiencia cuya estructura es la estructura del sujeto. (...) Si el analista no se presta a quedar destituido de su función de supuesto saber favorece la identificación. Con lo cual le evita e impide la destitución al analizante”.

Lacan en su Seminario *La Transferencia* señala que para que esa operación sea posible es fundamental apuntar a la posición del analista “punto de mira de su discurso de ese año”, dice así: “Se trata de lo que se encuentra en el meollo de la respuesta que el analista debe dar para cumplir con el poder de la transferencia”. Podemos entender pues que la transferencia es un poder que se cumple o no, que está correctamente orientado o no. Que apunta al análisis o no. Sigo con la cita: “Esta posición, la distingo diciendo que, en el lugar mismo que le corresponde, el analista debe ausentarse de todo ideal del analista”²

¹ Aparicio, Sol; *Acerca de la destitución subjetiva*. Heteridad 5. Publicación de la IF-EPFCL.

² Porque la satisfacción del lado del ideal esconde el goce narcisista del sujeto que goza ignorándolo y sin quererlo perder. Lacan, El Seminario. Lección del 28 de junio de 1961.

Lacan acota la cuestión cuando dice que no hay Otro del Otro, a pesar de que el hecho común es que a todo saber nuevo se le añade inconscientemente la hipótesis de que existe un sujeto que ya lo sabía, se reinstaura la hipótesis del Sujeto supuesto al saber. Si esto no se tiene en cuenta el psicoanálisis no podrá desprenderse de la deriva religiosa, y el ritual acabará desplazando al acto.

Se trataría de precaverse de la corrección identificatoria del sujeto, en el sentido de que la falla en el Otro, a la que solo responde la nominación inconsciente del sujeto, se transmuta en una identificación al analista, una identificación a una figuración "adecuada" del Otro. Se trataría de evitar que esta falta en el Otro sea así, en la misma tacada, esbozada, desplazada, y denegada.

Por eso en *El Atolondradicho* Lacan sitúa en la fase posterior a este momento de atravesamiento clínico, el momento del análisis donde se dan verdaderamente los efectos terapéuticos (en el sentido estrictamente psicoanalítico), o dicho de otra manera apuntando a un final de análisis y no solo a una detención del trabajo asociativo en la cura por agotamiento, impotencia, reacción terapéutica negativa, o incluso mejoría. Apunta entonces sobre todo a los analistas y a los futuros analistas. A la concepción teórica del fin de análisis de la que dependerá evidentemente la praxis analítica.

¿Pero ahora de qué trabajo se trata? Se trata de un trabajo de duelo. Si en la primera parte se trataba de nombrar las pérdidas que el sujeto había experimentado en su vida y el modo como se aferraba a los goces con los que hacía síntoma de la castración, ahora se trataría más bien de hacer el duelo de la falta en el Otro y más concretamente de la falta que ha ido construyendo en el análisis con quien para el analizante ocupó el lugar del objeto, hizo de semblante de objeto a.

Se trata del duelo de la operación de preguntarse por el deseo del Otro justamente con quien nunca respondió de un modo esperado o previsible para el fantasma del analizante. Pues el neurótico en sus juegos con la demanda no espera sino la satisfacción de la pulsión. Se trata de desprenderse del *a* que el analista encarnó para él de un modo que deje marca, marca para el analizante de esa relación al Otro, ahora evidentemente tachado, del cual ya no hay más vía del sentido. Lacan propone situar ahí un nuevo tipo de retorno: La letra.

Lo simbólico reprimido en el síntoma retornaría fuera de la vía del sentido, aunque no sin cierta relación con lo simbólico, como es la letra, lo que de lo simbólico no abre hacia un más y más de desciframiento, sino que marca conclusivamente una relación en el límite de lo real y lo simbólico; El analizante experimenta así un retorno no del sentido reprimido de los síntomas como ya ha trabajado en la primera fase de su análisis, sino de un real límite con lo simbólico que es la letra con manifiestas repercusiones en su economía subjetiva como se aprecia en

Erigir la identificación al analista o a las partes sanas del analista como modelo del final es hacer del análisis una doxa cerrada e idealizada. Es construir una maquinaria de adoctrinamiento o de educación. Es necesario recordar que Lacan ya supo extraer de la lectura de la psicología de las masas que describía Freud, que el Ideal del Yo, que el Ideal en torno al cual se agrupaban los sujetos miembros de un grupo, era a su vez el elemento que facilitaba los comportamientos de satisfacción más arcaicos y menos elevados de los miembros de la masa. Sintetizando podemos decir que el ideal y la satisfacción narcisista van unidos y que más se somete el sujeto al ideal, cuanto más lo asume como modelo, más será la coartada para mantener una satisfacción ligada a su fantasma que le retornará en forma de síntoma. Porque todo ideal promoverá unos objetos y unos modos para su satisfacción, y esconde la función última del objeto en tanto objeto que falta tras los ropajes del *i* () que lo envuelven y lo hacen apetecible, lo que atan al sujeto a una posición narcisista, sujeta en el fantasma. Lo contrario de su atravesamiento. Lacan habla de las relaciones del *i(a)* y del *I*, apoyándose en el esquema del espejo cóncavo en el Seminario 8, *La Transferencia*. Dice Lacan que "La función de *i(a)* es la función central del investimento narcisista" (414) y más adelante, (en la página 416) llama "profundamente ilusoria" a esa identificación narcisista: "el sujeto puede aprehender lo que tiene de profundamente ilusoria su identificación narcisista. (...) Si la sombra, la opacidad esencial que aporta a la relación con el objeto su estructura narcisista, es superable, ello es en la medida en que el sujeto puede identificarse en otra parte". (En otra parte que desde el supuesto Ideal desde el que pretende ser mirado y al que se ofrece como bueno para mirar, como yo ideal)

algunos testimonios de pase, sin que ello relance la vía asociativa sino que, al contrario, la concluye.

Patricia Dahan en un artículo titulado "*Faire de la lettre un dechet*"³ indica siguiendo las elaboraciones de Lacan concernientes a estas dos concepciones del inconsciente que es preciso hacer coexistir las dos aproximaciones al inconsciente aunque puedan resultar contradictorias: "Pero si la letra no tiene el mismo estatuto que el significante, no está tampoco completamente separada. (...) La letra se separa del significante, es el significante reprimido que retorna en lo real" y añade que el trabajo del análisis consiste en "reducir la letra, equivalente del síntoma, a un desecho, reduciendo lo que antes del análisis hacía sentido para el analizante y ocultaba su goce". Si el sentido oculta el goce la letra, el goce del síntoma despojado de las adherencias de sentido, nos lleva a una concepción de un inconsciente hecho de *lalengua*, dice P. Dahan: "*Lalangue* es una lengua propia a cada uno que asocia al lenguaje la noción de goce".

En la revista WUNSCH, en su número 9, de mayo de 2010, en un artículo titulado *Sobre lo vivo* Patricia Dahan da un testimonio de lo que le permitió librar el sentido de su síntoma por el acceso a *lalengua*. Ella llevaba veinte tanto años sin usar ni casi oír una lengua en la que hablaba su abuela (el ladino), y aunque lengua materna de sus padres, solo la madre y la abuela la hablaban entre sí. Ella relata como una interrupción de una sesión sobre una palabra de las asociaciones sobre un sueño le produjo un efecto "fulgurante", de choque, asociando ella inmediatamente al significante del sueño un significante en la lengua de la abuela, la lengua ya no hablada en su medio desde hacía veinte años, dice: "Las sesiones que siguieron me permitieron asociar sobre una parte de mi historia que me parecía no me concernía, algo que había pasado antes de mi nacimiento, y que apenas había evocado en la primera parte de mi análisis. Lo que el análisis me permitió comprender no es tanto que estaba tocada por esta historia que parecía no concernirme, sino de qué manera yo estaba preocupada por lo que se había producido antes de mi nacimiento. Algo que tenía que ver con la muerte. (...) En el análisis, advertir esta *lalengua* no es siempre evidente, sobre todo cuando el idioma hablado en la edad adulta, aquel en el que se lee y escribe, es el mismo que el idioma de *lalengua* de nuestra infancia del que se nos enseñó a corregir, a transformar en lenguaje" Es de ese efecto de *lalengua* que ella testimonió, y que nombra como ciframiento de la letra. "El síntoma es un enigma y podemos lograr discernir el enigma del síntoma teniendo acceso a *lalengua* del paciente"

El fin de análisis se articula con un aspecto de la experiencia que descompleta la doxa, pues el retorno de la letra es una experiencia singular y no programable. ¿Querrá el sujeto hacerse ser, a partir de esa experiencia de inconsciente, que es más bien la de un encuentro no programable con un saber sin sentido, causa/desecho que acompañe a otros a que hagan esa misma experiencia?

Donostia San Sebastián. 28 de enero de 2011.

³ Dahan, Patricia: *Faire de la lettre un dechet* en "La parole et l'écrit dans la psychanalyse. Liminaire"